

EN 1782, a los 41 años, muere en el frente de Gibraltar don José Cadalso, casi coronel. Soldado desde los 21 años ("voluntario con caballo y armas propias"), viajero, amante apasionado, literato: así, con trazos sueltos, es éste, en pleno siglo de Feijóo, el retrato de un hombre de acción casi al estilo de aquellos españoles del Siglo de Oro.

Casi, porque todo en Cadalso, desde el haber nacido a destiempo ("siente todavía furiosamente el siglo pasado"), es un cumplirse a medias: Caballero de Santiago sin la fe medieval o de Quevedo en la Orden; soldado casi ya sin Flandes, sin Italia, sin las Indias; amante derrotado por la muerte repentina de la amada; coronel de nombramiento, muerto antes de serlo de hecho. Armas, amores, letras, sí; pero sin la manera positiva y cumplida de aquello que hubiese querido ser: campañas militares mediocres, un solo amor torpe y frustrado; un par de obras que nadie considera de primera importancia literaria. Y una noche tranquila de guerra, al estallar una granada perdida, la muerte sin gloria y a destiempo.

Ni Italia, ni Flandes, ni las Indias; ni Quevedo, ni Lope, ni Garcilaso...

En su lugar, un triste ensimismamiento que, desde el dolor de Cadalso, apunta hacia el dolor de la España post-quevediana; unas *Cartas marruecas* en las que un ex capitán español, Nuño Núñez, habla con dos árabes —Gazel, joven, y Ben-Beley, su maestro, viejo— de la decadencia de España, del atraso de su ciencia con respecto a la europea, del galiparlismo, de las donemánias nacionales, de las glorias de otros tiempos; un conversar íntimo, amable, sereno las más veces, amargo de vez en cuando, triste siempre, en el que, por debajo de las palabras que analizan la decadencia española, vemos como este Nuño Núñez, nacido casi viejo del desengaño de Cadalso, contempla el mundo de la historia para hablarlos de la virtud, la bondad, la amistad, lo vano de la fama póstuma.

Ni Italia, ni las Indias, ni Lope, ni Garcilaso. En su lugar, Cadalso crea un personaje para quien estos nombres son, a la vez, la vanidad del mundo y el ideal; un ex capitán español para quien, muerto ya en algún fondo el más positivo sentido de la acción, el devenir de la historia sólo es para observar, meditar y sufrir retirado.

Cuando Gazel conoce a Nuño Núñez, vive ya éste en su

castillo interior. "Nuño se halla ahora separado del mundo —le escribe Gazel a Ben-Beley—, y, según su expresión, encarcelado dentro de sí mismo". He aquí a un ex capitán español, tal vez Caballero de la Orden de Santiago, como su creador y como Quevedo, que se complace en ser descrito y en describirse a sí mismo como no perteneciendo ya a la historia. "Días ha que vivo en el mundo como si estuviera fuera de él." Hombre ya hacia dentro después del desengaño del mundo: "He

Cierto es que Nuño sueña una España hacia fuera de Fernando el Católico, que hace grandes elogios de Cortés; cierto que, como Cervantes, no pierde oportunidad de hablar de las armas. ¡Con qué deleite nombra a los tercios de Carlos I, a Garcilaso militar, a don Juan de Austria, hermano de Felipe II! Hasta Gazel, sin duda influido por Nuño, se fija en todo lo que sea milicia. "Acabo de llegar a Barcelona —le escribe a Ben-Beley— ... Esta plaza es de las más importantes de

buscada; pero por ex capitán lector de Quevedo y Fray Luis, el retiro a la medianía y esta elemental condena de la guerra: "... todo queda problemático, menos la muerte de 20.000 hombres, que ocasiona la de otros tantos hijos huérfanos, padres desconsolados, madres viudas...". Las armas, la guerra, los héroes, la vida para la historia, son lo que se sueña de otra España, lo que ahora le queda a Nuño de su vida de otros tiempos, "cuando yo era capitán de infantería... allá cuando me imaginaba que era útil y glorioso dejar fama en el mundo...".

De este haber creído, de este, a veces, ahora, soñar, nace la sabiduría de Nuño y, en pleno siglo XVIII, se levanta apenas su voz mesurada: "No nos dejemos alucinar por la apariencia, y vamos a lo substancial." Así le habla a Gazel este ex capitán que, tras la ruptura interior y silenciosa de las pretensiones de vida heroica, ha descubierto la vida retirada y, en ella, el contemplar filosófico. También Guevara, Fray Luis de León, Juan de Valdés. O ecos del discurrir resignado de Cervantes sobre tanta vanidad de vanidades. "Deseo sólo ser filósofo... la verdad sólo es digna de llevar el tiempo y ocupar la atención de todos los hombres": filósofo, sabio, *sage*, no *savant*; verdad que, en este caso, es virtud: "Aprecio en muy poco toda la erudición del mundo respecto de la virtud". En el siglo de Feijóo —erudición, ilustración, empirismo, ciencia— he aquí a un ex capitán español que parece haber conquistado en silencio el castillo interior del sabio. Armonía de la vida contemplativa, como salvación, en esta España post-quevediana. Y equilibrio interior en la paz de la medianía: "En el estado de medianía en que me hallo, vivó con tranquilidad y sin cuidado. Mis operaciones no son objeto de la crítica ajena, ni motivo de remordimiento para mi propio corazón." En este siglo de enciclopedias, *savants* y nuevas formaciones militares, este desengañado español ha llegado ya al fondo del vanidad de vanidades y, desde la resignación allá descubierta, admite ya una sola categoría para normar la vida, una categoría moral: la virtud. "Sí, Gazel —insiste—, el día que el género humano conozca que su verdadera gloria y ciencia consiste en la virtud, mirarán los hombres con tedio a lo que tanto les pasma ahora."

Esta vieja sabiduría moral renace ahora en el más íntimo meditar de Nuño y som-

DON JOSE CADALSO desengaño y dolor de España en el siglo XVIII

Por Carlos BLANCO AGUINAGA

vivido con hombres de todas clases, edades y genios; mis años, mi humor y mi carrera me precisaron a tratar y congeniar sucesivamente con varios sujetos: milicia, pleitos, pretensiones y amores me han hecho entrar y salir con frecuencia en el mundo. Los lances de tanta escena como he presenciado, ya como individuo de la farsa o ya como del auditorio, me han hecho hallar tedio en lo ruidoso de la gente, peligro en lo bajo de la República y delicia en la medianía." Así, todo en Nuño Núñez es un haber sido y un insistir sobre ello: "Cuando yo era capitán de infantería..." Esta frase resuena como un eco bajo todas las palabras de este hombre que conocemos cuando ya ha sido activo y que, como símbolo de una España post-quevediana, nos habla desde su medianía contra la farsa del mundo. Ya Quevedo ha mirado los muros de la patria suya cuando Nuño se aferra a la vida interior como verdad contra toda vida vertida hacia fuera, hacia el mundo y los demás. Desde el último refugio del hombre, estas palabras en las que un ex capitán de España en pleno siglo XVIII, se defiende contra todo un haber sido: "La autoridad de ellos puede desvanecerse; pero mi interior testimonio ha de acompañarme más allá de la tumba."

la Península y por tanto su guarnición es numerosa y lucida, porque entre otras tropas se hallan aquí las que llaman guardias de infantería española". Y cuenta así las palabras de un cadete: "Soy —me dijo— cadete de este cuerpo y de la compañía de aquel caballero —señalando a un anciano venerable con la cabeza cargada de canas, el cuerpo lleno de heridas y el aspecto guerrero—. Sí, señor, y de mi compañía —respondió el viejo—. Es nieto y heredero de un compañero mío que mataron a mi lado en la batalla de Campo Santo; tiene veinte años de edad y cinco de servicio; hace el ejercicio mejor que todos los granaderos del batallón; es un poco travieso; como los de su clase y edad, pero los viejos no lo extrañamos, porque son lo que fuimos, y serán lo que somos."

Pero este es el sueño ("¿Quién no se envanece, si se habla del siglo anterior, en que todo español era un soldado respetable?"). Ex futuro contemplado desde dentro por un alma que sabe ya del desengaño y que se levanta solitaria por entre el bullicio que en el siglo XVIII nos habla de ciencia, de progreso, e incluso —con Carlos III— de armas y renovación del Imperio. Por capitán de España, el elogio de las armas, sí, vida hacia fuera en un tiempo

brea interiormente todos los temas en que cae su discurrir de espectador solitario. Así, por ejemplo, cuando describe la degeneración de la lengua española, insiste, sí, en señalar el exceso de galicismos recién introducidos, pero su crítica culmina en esta pregunta: "Ben-Beley, ¿qué te parece de una lengua en que se han quitado las voces *bueno* y *mallo*?". Ahora se dice *estupendo*, *bello*, *bonito*: la estética ha sustituido a la moral, y el contemplar virtuoso de Nuño se detiene en ello alejándose de la pura circunstancia histórica para intuir el curso interior del cambio.

No nos extrañe, pues, que, hablando a contrapelo de su tiempo, las palabras *bondad*, *virtud*, *bien*, *amistad*, salgan de labios de Nuño, de Gazel y Ben-Beley, como un subrayar interior y eternizante, en todo momento de su discurrir sobre el siglo y España. Este ex capitán español y sus dos amigos árabes se encuentran en el terreno de la moral y de la hombría de bien como alejados del devenir histórico. "Sabrás que soy un hombre de bien, que vivo en Europa." le escribe Nuño a Ben-Beley en su carta de presentación. Nada más. "No creo que necesite más requisitos para que formemos mutuamente un buen concepto el uno del otro". Y Ben-Beley: "Cada día me agrada más la noticia de la continuación de tu amistad con Gazel, mi discípulo. De ella infiero que ambos sois hombres de bien."

Bondad, virtud, hombría de bien, amistad: palabras que, sosteniendo desde el fondo moral el discurrir sobre la circunstancia histórica, nos dan el tono de vida de Gazel, de Ben-Beley, de Nuño. De Nuño: ex capitán de un Imperio que va a ser ya de pequeñeces; desengañado solitario que recoge ahora —España post-quevediana— una tradición moral de vida hacia dentro.

Y cuando este hombre virtuoso, bueno, casi viejo, ex capitán de un mundo que se derrumba, sale de su paz interior y contempla su siglo, su patria, sale para hacer "justicia al corazón del hombre", suavizándolo todo con su tolerancia. "El Ser Supremo, que nosotros llamamos Dios, y vosotros Alá, es quien hizo África, Europa, América y Asia. El te guarde los años —le escribe a Ben-Beley—, y con las felicidades que deseo a tí, a todos los americanos, africanos, asiáticos y europeos." En este siglo de la tolerancia intelectual, he aquí la tolerancia cordial de un hom-

bre que ha llegado a la contemplación virtuosa por caminos muy otros de los que indica Aristóteles. También, esa extrema imparcialidad del que, por vía cordial, ha llegado a la contemplación del mundo desde las formas de lo eterno: "Todas las cosas son buenas por un lado y malas por otro."

Nuño se acerca a todas las cosas desde esta tolerante armonía que, en el sabio, es el entre-juego de contrarios, negación de toda forma de vida comprometida en la historia: alternativamente reniega de los afrancesados y hace resaltar lo bueno de Francia, definiendo el tradicionalismo español y tiene "por cosa muy accidental el haber nacido en esta parte del globo", ensalza la vida retirada y la condena muy justamente (es "lastimosa para el Estado la pérdida de unos hombres de talento y mérito que se apartan de las carreras útiles a la República... El hombre que conoce la fuerza de los vínculos que le ligan a la patria... dice: Patria, voy a sacrificarte mi quietud, mis bienes y mi vida. Corto sería este sacrificio si se redujera a morir..."). Así, alternativamente, habla Nuño, mientras contempla la historia desde su castillo interior.

"¿Cuál tiene razón? No lo sé. No me atrevo a decirlo... La naturaleza es la única que puede ser juez; pero su voz, ¿dónde suena? Tampoco lo sé". Contra la acción a rajatabla del soldado, contra la acción que en el filósofo de Platón nace de un saber cierto, este meditar resignado, entre escéptico y cordial, del sabio que parece haber alcanzado ya la total ignorancia.

He aquí, pues, en plena serenidad, nuestro retrato del

sabio. Pero todo ello es demasiado perfecto: sin duda este doble juego, esta imparcialidad eternizante, es la esencia misma de Nuño; su sabiduría que desde la vanidad de vanidades observa con tolerancia el devenir del mundo, de la historia. Pero, ¿no será esta imparcialidad una forma resignada de aceptar la contradicción insoluble de una España condenada ya al autoanálisis? Porque, en verdad, Nuño está todavía demasiado cerca del desengaño; su voz es demasiado triste y cargada de reminiscencias y, a fin de cuentas, "estas cartas tratan del carácter nacional, cual lo es en el día, y cual lo ha sido": a pesar de su tranquilo moralizar eternizante Nuño está aún metido en la historia. Su castillo interior se encuentra bien localizado en el tiempo y el espacio, asediado por la circunstancia: ya Nuño ha sido capitán sin fe en la acción del Imperio casi en los orígenes, del problema español de decadencia y regeneración, de europeísmo y anti-europeísmo. Porque todo ello ocurre, inevitablemente, "de este lado de los Pirineos" y en el siglo en que ya empieza a ser claro que España ha seguido rumbos diferentes de los del resto de Europa. Los europeos ya han empezado a decir que África empieza en los Pirineos y Nuño tiene plena conciencia de ello. El localizar la realidad española por su barrera geográfica de montañas recorre la intimidad de su pensar como una obsesión: "De este lado de los Pirineos"; "Francia, que está más allá de los montes Pirineos"; "del otro lado de los Pirineos"; "la península llamada España sólo está contigua al continente de Europa por el lado de Francia, de que la separan los

montes Pirineos". En esta presencia de Europa, para sí o para no, se puede resumir la problemática española moderna, y cuando Nuño, ex capitán, casi sabio, ex viajero, español y europeo, culto y casi viejo, piensa tanto en ello, rinde su castillo interior a la problemática de España. "Si algo se me ha pegado de los muchos países que he visto, ha sido sólo de lo exterior que en nada influye en lo interior". Y lo interior es un ser triste, un desengaño, un contemplarse a sí mismo y a la vida nacional con la bondadosa resignación que en las almas buenas nace del sueño perdido. La objetividad, la tolerancia de Nuño, no nacen de la alta contemplación intelectual aristotélica; van demasiado ligadas aun al dolor. "Entre risas y llanto me contó Nuño un lance", escribe Gazel. El lance podría haber sido el que termina así: "Llegada la hora de marchar monté a caballo, diciéndome a mí mismo en voz baja: ¿Así se creía una juventud que pudiera ser tan útil si fuera la educación igual al talento? Y un hombre serio, que al parecer estaba de mal humor con aquel género de vida, oyéndome, me dijo con lágrimas en los ojos: —Sí, señor, así se cría."

De esta manera, inevitablemente arrastrado por la circunstancia nacional, nuestro español no logra la perfección eternizante. Hombre activo en un tiempo, ahora ya sin fe, sólo le queda el adolorido contemplar tolerante, todo bondadoso de resignación y tristeza. Nuño Núñez: criatura de Cadalso que nos empieza a hablar desde las *Cartas marruecas* cuando ya su creador —tal vez como Larras, como Ganivet— ha muerto en un último gesto por reencontrar el sentido de la acción.



- Se ha descubierto en Tasos la tumba de Glaukos, compañero del gran poeta errante Arquíloco, que acabó allá como mercenario.

- La Tate Gallery de Londres ha pagado 6.700 guineas por un retrato de Derain, pintado por Matisse en 1904. Por su parte la Galería O'Hanna ha pagado 4.000 guineas por

un retrato de mujer, de Picasso.

- El estreno de *Sueños de los Prisioneros*, de Cristóbal Fry, en París, por la compañía de Jean Louis Barrault fué muy accidentado y la obra muy silbada.

- Más o menos sucedió lo mismo en el estreno del poema sinfónico *El Desierto*, de

Edgar Varèse, campeón de "la música concreta". Los críticos no se ponen todavía de acuerdo si este último es un movimiento serio o no.

- Se está usando el oxígeno en unos nuevos "salones" para hombres, en los Estados Unidos. La oxigenación parece ser el mejor medio para conseguir el famoso "relax", que no nos atrevemos a traducir por relajación. Durante un cuarto de hora el sujeto aspira 7 litros de oxígeno al minuto y, bajo los efectos de una luz azul y de un vibrador caliente que actúa sobre los discos intervertebrales, en tres cuartos de hora un hombre de negocios puede hallarse como si hubiese dormido ocho horas.